Santiago Martín Bermúdez

Pedro Víllora

El decimoquinto *Premio Nacional de Literatura Dramática* ha recaído en Santiago Martín Bermúdez por *Las gradas de San Felipe y empeños de la lealtad,* gracias a un jurado del cual he formado parte. No sería correcto desvelar los pormenores del debate y votaciones de cuyo resultado se benefició este texto publicado por la **Asociación de Autores de Teatro** a finales del año 2005, pero quizá sí pueda comentar alguno de sus méritos.

El de *Las gradas de San Felipe* es uno de esos casos en los que predomina la calidad del texto. De todos es sabido, o siquiera sospechado, que los premios institucionales a veces han servido para reconocer una trayectoria y que, en realidad, se ha galardonado al autor y no a la obra concreta. Desgraciadamente para Santiago Martín Bermúdez, la relevancia de su pasado teatral es inferior a sus merecimientos. Su paso por grupos como Albor o Los Goliardos no significa que haya mantenido una actividad fecunda en el teatro independiente, que llamase la atención como joven promesa, que se incorporase a los escenarios relevantes y que ahora, con un prestigio establecido y no discutido, presuma de no querer ser considerado un excombatiente.

Su realidad escapa al tópico porque no se sentó a escribir teatro hasta 1988, y para entonces ya hacía un año que había cumplido los cuarenta. Él mismo considera que lo suyo ha sido «una vocación temprana y una madurez tardía». Podría añadirse: «y fecunda». Más de diez obras han seguido a la primera, *Carmencita revisited,* y varias distinguidas en certámenes de importancia: si *Carmencita* fue accésit del *Lope de Vega* en 1992, obtuvo el primer premio de ese concurso en1994 con *No faltéis esta noche,* al tiempo que el *Ciudad de Alcorcón* por *Penas de amor prohibido.* Y en 2004 ganaría el *Enrique Llovet* por *El vals de los condenados,* aparente primera entrega de una trilogía sobre la crisis de la conciencia europea. Con alguna de estas obras ya había sido finalista del *Nacional,* y también con *Tiresias, aunque ciego* (2000) y *Garcilaso: Coloquio y silencio* (2003). La última coincide con *La más fingida ocasión y Quijotes encontrados* (1998) en recrear la cultura clásica española, y con ambas forma *Las gradas de San Felipe,* una suerte de trilogía de los Siglos de Oro.

Entre los muchos valores teatrales de la obra destacan al menos tres: el espacio, la estructura y el lenguaje. El autor propone un decorado único de significación múltiple. Interiores y exteriores se suceden y hasta se superponen. Los tiempos cambian lo mismo que los lugares y al igual que las acciones, que son dos y no una. Un clasicista afrancesado tendría, así, tres motivos para aborrecer el texto: tantos como unidades son violadas. Pero la razón y la lógica presiden el desarrollo y justifican el desenlace y, aunque las sorpresas abundan y alteran la secuencia de los actos, jamás son gratuitas: inesperadas sí, no caprichosas.

Tanta abundancia de hechos y escenarios, amén de personajes, puede hacer pensar en técnicas cinematográficas, cuando no narrativas. Si no estuviésemos acostumbrados a espectáculos dramáticos nacidos con sentido de la economía de medios, *Las gradas de San Felipe* no tendría que recordar que también en el teatro cabe la ambición. Hay una intención totalizadora que desea ofrecer el máximo de información sobre un mundo de posibilidades. Un relato que lleva por título el nombre de un mentidero necesita mostrar todos los contextos que puedan explicar su contenido. Esta no es la historia del secuestro de una dama y de un niño raptado, sino el retrato a escala de una época. Bandidos, soldados, clérigos, marqueses, ciegos…Todos ellos son la excusa para celebrar un tiempo de engaño y picaresca mediante el humor y las aventuras, elementos propios del imaginario literario del siglo XVII que permiten una lectura distanciada de una actualidad nunca tan divertida ni entretenida.

Y además está el lenguaje. Las obras de nuestros clásicos son, para qué negarlo, difíciles de seguir. Sin el trabajo de los adaptadores —y aun con él— apenas si serían disfrutadas hoy por los muy cultos: cuesta saber quién habla, dónde está, qué dice y por qué lo hace. Al margen de la no siempre sensata labor de los directores, penetrar el lenguaje y el verso clásicos exige cierta ejercitación. Martín Bermúdez ha logrado una obra que suena a siglo XVII pero que se entiende, cuyos arcaísmos son pintorescos pero no incomprensibles, y en la que hay ritmo, sonoridad, pulcritud y elegancia. *Las gradas de San Felipe* es un regalo de la lengua española y un placer para quien la lea, escuche o, con suerte, la contemple. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

fundación autor · SGAE Sociedad General de Autores y Editores · Ministerio de Cultura · Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música